

PAPIRO

Día 17

Noche de Oración

Luxor – Egipto.

El atardecer se desvanecía, cediendo su lugar a la penumbra de la noche. Era jueves, noche de oración. Burn, anticipando la llegada de Sofía, se puso de pie para cerrar con cuidado las cortinas de la sala privada, garantizando así la intimidad que tanto valoraba.

Tras horas de esfuerzo, finalmente había obtenido el codiciado código: 8822331. Un aura de optimismo lo envolvía; estaba ansioso por acordar una fecha para dirigirse al lugar que albergaba la bóveda y finalmente abrirla. El tiempo apremiaba, restaban apenas cuatro días y necesitaban emprender su viaje lo más pronto posible. Si no lo hacían, perdería su preciado “tesoro”.

La ansiedad de Burn se intensificaba al recordar el estricto protocolo de seguridad: solo quien compartiera su mismo nombre y tuviera la llave estipulada en el contrato podría utilizar el código. Para alguien acostumbrado a tener el control absoluto, la idea de depender de otros lo desestabilizaba.

Puntual como siempre, Sofía llegó y saludó a Burn, quien la recibió con una sonrisa. Eso la tranquilizó un poco, y preguntó:

—¿Lo tienes?

La sonrisa de Burn se ensanchó y, al entregarle el papel con el código, respondió:

—Gracias a ti.

Ella frunció el ceño, sorprendida, y Burn, en tono jocosos, aclaró:

—La clave es Sofía.

Ambos rieron, llenando el lugar con un breve instante de ligereza que se desvaneció en cuanto él preguntó, más serio:

—¿Y la llave?

El ambiente cambió de golpe. La sala pareció vaciarse; no se escuchaba nada a su alrededor. Sofía bajó la mirada y respondió en un susurro tan tenue que Burn no logró entenderla.

—¿¡Qué pasó con la llave!?! —exclamó.

Sofía tenía las manos sudorosas y le costaba hablar. Guardó silencio un instante. Finalmente, repitió:

—La perdí.

Burn golpeó el escritorio. Algo cayó al suelo. Con voz dura, le recriminó:

—¿Por qué me lo ocultaste?

Ese era el momento que Sofía más temía. Mientras recogía el pisapapeles, murmuró:

—Porque pensé encontrarla antes.

Él ya no se contuvo. Se abalanzó sobre ella, sujetándola con rudeza por los hombros. Quería arrancarle la verdad.

—No mientas. ¿A quién se la diste?

Sofía no respondió. Forcejeó, se soltó y dio media vuelta para alejarse. Burn, fuera de control, la alcanzó en dos zancadas y, extendiendo los brazos a ambos lados de la puerta, le bloqueó la salida.

Sofía, intentando escapar, le suplicó:

—Déjame salir.

Él sonrió maliciosamente y la desafió diciendo:

—Inténtalo.

Alarmada y temiendo por su vida, Sofía alzó el brazo con el pisapapeles en mano y le golpeó la frente. Burn se llevó ambas manos a la cabeza y cayó al suelo gritando de dolor. Aprovechando el momento, Sofía huyó sin mirar atrás. Temiendo que Burn la persiguiera, se refugió en un hotel. Una vez dentro, revisó sus pertenencias. Sacó un papel, lo miró y se dijo a sí misma: "Al fin".

La noche de oración se había convertido en noche de discusión. El culto a la diosa que adoraban se fracturó en dos. No lograron conciliar sus diferencias, y la desconfianza y el miedo los vencieron.

Y entonces comprendió que su pesadilla apenas iniciaba.

Un sudor frío recorrió su espalda mientras se metía en la cama. El silencio inundó la habitación. La oscuridad ahora era su cómplice. Estaba a punto de dormir cuando escuchó pasos. Se incorporó y prestó atención.

—No tiene la llave —escuchó que dijeron.

Angustiada, se levantó; tomó el pisapapeles y, sin soltarlo, volvió a recostarse, envolviéndose en la sábana, a la espera de lo peor. El sonido de los pasos se alejó y la calma volvió a apoderarse del lugar.

Sofía permaneció en vilo, con el corazón latiendo con fuerza y sin poder dormir. Parecía estar viviendo una pesadilla, pero su miedo y sudor eran muy reales.

Toc. Toc.

Los golpes en la puerta acabaron por trastornarla.

Apretó el pisapapeles y empezó a rezarle a Hathor, su diosa.

Aunque poseía el código, el miedo la retenía. Salir a recuperar la llave, tallada en su amuleto perdido, era vital... pero el encierro la protegía.

¿Vencerá su miedo?

La Galería

Shanghái – China.

Era el gran día, el estreno de la exposición de arte antiguo, en una de las galerías más exclusivas del Bund.

Coleccionistas, curadores, acaudalados locales y turistas se reunieron en aquel espacio pequeño y lujoso.

Todas las obras brillaban y competían por la atención de los visitantes. Pero una de ellas, ausente, era la que más llamaba la atención.

La concurrencia se agolpaba frente al salón egipcio, atraída por un marco vacío que ocupaba el centro de la sala.

La mayoría, curiosos, no querían irse sin ver la obra de moda que daba nombre a la exhibición: El papiro sagrado.

Malenty, el anfitrión, les dio la bienvenida e invitó a los presentes a recorrer las distintas salas, esperando que su colección, una vez más, fuera el centro de atención en revistas y notas periodísticas. Este era el momento que los curadores de arte aguardaban impacientes cada año, pues Malenty tenía la costumbre de presentar una novedad en cada estreno.

Aprovechaba la velada para ensalzar la originalidad y belleza de su nueva adquisición. Esto generaba gran expectación y elevaba el precio de la obra en el mercado de arte, incluso antes de su exhibición.

Apartado del bullicio, Karimt parecía ausente. Fumaba un cigarrillo tras otro, esperando el momento en que se desvelara el contenido del marco. Para él, lo demás era secundario. Prefería observar con discreción.

Malenty llegó a la sala de arte egipcio y, dirigiéndose brevemente a los asistentes, dijo:

—Queridos amigos, esta obra es mi obsesión.

Acto seguido, mientras desvelaba la obra, se escuchó una exclamación de sorpresa.

Karimt vio el marco y su rostro enrojeció. Se percató de que la pintura *El caminante sobre el mar de nubes* estaba invertida, con la cabeza del hombre hacia el suelo. Ya no miraba el horizonte, sino el abismo.

Algunas risitas se escaparon entre los presentes, hasta que Malenty exclamó:

—¡Ya no se puede confiar en nadie!

Furioso, volteó el marco y mostró el anverso, con un boceto de escritura hierática y fragmentos negros y rojos que llenaban el cuadro como si fuera un lienzo pintado.

La reacción fue genuina. Comenzaron a escucharse algunos aplausos que fueron aumentando progresivamente, mitigando el bochorno provocado por la confusión inicial.

Los asistentes querían saber más sobre el papiro, y Malenty les explicó:

—Es de la dinastía XVIII, época en que vivieron el faraón Amenhotep I y su escriba real, Sermy.

Alguien preguntó:

—¿Cuándo se exhibe?

—En unos días me lo enviarán —respondió Malenty.

—¿Cuál será su precio?

—No se va a poner a la venta.

—¿Por qué?

—No tiene precio.

Malenty estaba tan seguro de sí mismo que presumía el papiro como si ya fuera suyo. Su obsesión lo debilitaba cada vez más; comenzaba a confundir sus deseos con la realidad, y a sospechar de todos.

Poco después, se acercó a Karimt y, en voz baja, le ordenó:

—Averigua quién me hizo esto.

Luego, se retiró sin decir palabra. Karimt apagó su cigarrillo y, ocultando su gesto, salió de la galería. Su plan estaba funcionando.

A lo largo de los días siguientes, Karimt se dedicó a investigar discretamente a los asistentes a la exposición, buscando pistas sobre quién pudo haber invertido la pintura. Mientras tanto, Malenty aguardaba con impaciencia la llegada del preciado papiro. Confiaba en que Daryl lo recuperaría, sin imaginar que ya se había unido a Burn.

Mateo 7:7

Dra'Abu el-Naga' – Egipto.

La desolación del campamento era palpable. Los excavadores se afanaban en sus tareas cotidianas, mas la penitencia del silencio que Lurgi se había impuesto para dedicar tiempo a la reflexión, a la meditación y la oración, pesaba sobre el ánimo de todos. Tras dos jornadas de mortificación, se había confinado en su estancia y no admitía visitas. Antes de cerrar la puerta, dejó clara su intención:

—Mi voto es piadoso —afirmó.

Pretendía cumplir su penitencia hasta el ocaso del día venidero.

Celia, cada vez más inquieta por el riesgo que Lurgi suponía para la misión, decidió enfrenarlo. Llamó a la puerta en varias ocasiones y, al final, le dijo:

—Debemos proseguir con la búsqueda —acto seguido, añadió:

—Recuerda: Mateo 7:7.

A pesar de su reticencia a prestar atención, Lurgi no pudo ignorar el hecho de que el cuadro de Cristo crucificado, que colgaba en la pared frente a su cama, parecía moverse. Este detalle le resultaba extraño, ya que su habitación no tenía ventanas y estaba completamente sellada. Interpretándolo como una señal divina, se persignó y murmuró entre oraciones:

—Pide y recibirás; busca y encontrarás; llama y se te abrirá.

Con cada golpe, la puerta se abría ligeramente, permitiendo a Celia vislumbrar a Lurgi, arrodillado y orando fervientemente, en un intento de redimir lo que consideraba su fracaso en la negociación. Aprovechando el momento, se acercó a él y, con una voz suave, comenzó a susurrar:

—Tengo un plan.

Lurgi, atónito, procuró cerrar la puerta, mas ella lo impidió y esperó a que terminara de rezar. Con evidente contrariedad, Lurgi le reprochó:

—¿Por qué no respetas mis deseos?

Celia penetró en el aposento, fijó su mirada en la imagen que aún se movía, y replicó:

—Los intereses de la Iglesia son más importantes.

Acto seguido, cerró la puerta para que su conversación permaneciera confidencial.

—Es muy prematuro para darnos por vencidos —musitó Celia, y empezó a contarle su plan.

Después de intercambiar algunas ideas, Celia lo miró a los ojos y dijo:

—Gracias por escucharme, Lurgi.

Lurgi asintió, aunque aún mostraba cierta resistencia en su rostro.

—Haré todo lo que esté en mis manos para encontrar lo que buscamos y redimir mi falta —respondió.

Se despidieron y poco después, Celia entró a su habitación y comenzó a preparar todo para el viaje que emprenderían al alba.

Lurgi esperó a que ella se marchara, se arrodilló, volvió su mirada hacia la imagen y murmuró:

—Señor, perdónala, porque no sabe lo que hace.

Luego retomó la oración. Aunque se exigía mucho y ponía toda su voluntad para obtener el perdón de su 'pecado', secretamente gozaba con la agri dulce sensación que el arrepentimiento le ofrecía cuando, involuntariamente, se mezclaba con el recuerdo del disfrute de la pasión de la carne. Esta sensación remordía su conciencia y no lo dejaba en paz. Abochornado, se secó su enrojecido rostro y, debatiéndose entre lo deseado y lo prohibido, volvió a persignarse para tratar de calmarse, pero el corazón se le aceleró al sentir que el calor de su cuerpo aumentaba y le saturaba el rostro con pequeñas perlas de sudor que no se desvanecían ni con los jadeos que improvisaba tratando de jalar aire a los pulmones. Fatigado, descansó unos minutos y siguió luchando consigo mismo hasta altas horas de la noche. Al final, sacó de entre su ropa la fototipia de 140 mm de alto por 89 mm de ancho con la misma imagen de Cristo, reproducción de *cliché* fotográfico de la pintura al óleo sobre lienzo de Diego Velázquez; la acarició varias veces y, agotado pero satisfecho, la guardó y terminó de orar.

Al amanecer, Celia y Lurgi partirían en busca del objeto que tanto anhelaban encontrar. La penitencia del silencio de Lurgi había terminado, pero aún quedaba mucho por descubrir y redimir en el transcurso de su travesía. Juntos, enfrentarían los desafíos que les deparaba el futuro, guiados por su fe y la esperanza de lograr su cometido en nombre de la Iglesia.

Fernando Perales

